A la vista de todos

María Platero

Otoño, 2008. Llevaba varios días buscando fotografías de nuestra redacción para el que sería el reportaje audiovisual de la trayectoria del Grupo Joly. Justo al cambiar el año, en enero, celebraríamos el veinte aniversario del Europa Sur en la Cámara de Comercio del Campo de Gibraltar. José Luis llevaba ya meses de baja. Si se le nombraba, las cabezas bajaban y un suspiro quedo acompasaba unos segundos de silencios. En seguida, alguien rompía el desgarro con algún chascarrillo ácido. Era recurrente el inolvidable viaje familiar, suegra incluida, en tren desde Madrid. Lo interminable del tramo Bobadilla-Algeciras, de vuelta de ver La Bella y la Bestia. Risas, quejas. Vuelta al trabajo. Hacer soportable lo insoportable de su enfermedad. Estábamos todos asimilando lo que iba a suceder. Supongo que por eso me conmovió tanto encontrármelo en la puerta tan temprano aquella última mañana que nos visitó, junto a su hermana Paola. Ella siempre lo acompañaba cómplice, dejándole cerca su brazo como punto de apoyo incondicional. Hubo un intercambio de impresiones con los redactores más madrugadores. La crónica improvisada sobre los cursos de la UCA, además del espectacular arranque de temporada del "Yiyi" en el Algeciras FC. Les comentó también lo avanzado, prácticamente acabado, que tenía su próximo poemario. Lo leímos ya publicado póstumamente como "Trilogías". Desde mi mesa, la improvisada reunión componía un escorzo naturalista hipnótico. Mi universo entero condensado en una tertulia accidental que ningún participante quería dejar terminar. Pero acabó. Todo acaba. No pude evitar levantarme cuando pasó por mi mesa. Se detuvo frente a mí. Me sonrió emocionado. Puso su mano abierta sobre las imágenes en blanco y negro desordenadas entre los AZ. Giró la cabeza hacia Grimaldi y González Escribano. Les hizo un gesto de aprobación señalándome, que respondieron, asintiendo uno y elevando las cejas el otro. No volvimos a verlo después de aquel día.

Semanas más tarde, una nueva búsqueda de documentación para un reportaje me hizo recrear aquel momento. Otra vez mi puesto enterrado en imágenes antiguas. La quemadura de la vida, una respiración interrumpida. Bloquear el desasosiego con el vértigo de la actividad. Producir y ocuparnos. Después de varias llamadas conseguí agendar una entrevista con la productora Martín Nuza Productions. Al día siguiente, ya estaba de camino hacia Gibraltar para entrevistar a Bruce Cooper.

De espaldas, el director y productor del documental "Operación Tracer" parecía el gemelo bronceado de Benny Hill. Martín me recibió campechano en el parking junto a la frontera y me instruyó metódico en los pormenores del encuentro con Cooper, en lo que llegábamos a The Rock Hotel. Insistió en que por más que hubiera sido un joven capaz de presentarse voluntario para luchar contra los nazis, ahora era anciano a punto de cumplir 94 años. Me advirtió de que serían rigurosos con el tiempo pactado para cada medio sin concesiones. Asentí sin objeción. Me intrigaba demasiado conocer a alguien que había estado dispuesto a ser enterrado vivo como para fastidiarlo. Martín continuó elaborándome un resumen voraz sobre el plan diseñado por el almirantazgo británico de la Royal Navy. Agradecí por igual todos los años en la Academia de Idiomas Rubio, y las mil y una veces que me había arrancado a cantar "Viva la vida" de Coldplay ese verano en los pubs de Getares. Constaté mi fluidez y su alivio al poder mantener un diálogo conmigo. Esperamos a que aterrizase un vuelo de Monarch Airlines procedente de Luton, y cruzamos las pistas del aeropuerto hacia Winston Churchill Avenue en cuanto se levantó la barrera. En los apenas quince minutos que duró el trayecto Martín continuó



hablándome entusiasmado. Habían bautizado a la cueva con el nombre de *Stay Behind*. Fue enumerando todos los detalles de las investigaciones para la grabación de su documental. Ocultos en unas instalaciones construidas en la parte más alta del Peñón, seis hombres accedieron a instalarse en secreto, en principio un año. Hubieran tenido la capacidad de sobrevivir varios más, presumiblemente morir allí. No se contaba con ninguna posibilidad real de rescate caso de ser descubiertos y apresados. La misión consistía en vigilar, y transmitir por radio, los movimientos de buques que cruzasen desde el océano Atlántico al mar Mediterráneo, a través del estrecho de Gibraltar, en la bahía de Algeciras. Esta cámara secreta fue durante años una leyenda para los habitantes de la roca. El Boxing day de 1997, fue descubierta, casualmente, por parte del *Gibraltar Caving Group*. Una corriente de aire inesperada en un túnel les puso sobre la pista, según relataba el Gibraltar Chronicle. En Inglaterra, el único superviviente de aquellos seis elegidos guardaba silencio desde 1941. Tras ser conocedor del descubrimiento por un programa de televisión, Bruce Cooper rompió su silencio. Localizado por Martín accedió a visitar la roca. Su testimonio fue definitivo para identificar el hallazgo como el espacio destinado a su encierro en el marco de la Operación Tracer, que acabó dando nombre al documental. Junto a él, hubieran acabado formando equipo, emparedados en piedra, Richard Gale, el oficial al mando, tres anónimos operadores de radio y un colega suyo. Este amigo era también cirujano, estudiante como Cooper de la Universidad de Durham. Se encontraba trabajando como médico civil en Morecambe cuando recibió una llamada telefónica que cambiaría su vida para siempre. Haciendo gala de una inquebrantable amistad personal, aquel jovencísimo Arthur Milner se sumó ciegamente a la invitación de su querido compañero de facultad. Accedió a unirse a la Royal Naval Volunteer Reserve, eso sí, bajo la condición de no embarcar nunca, ya que acusaba de mal de mar. Como le explicaría más tarde Cooper a su amigo, la misión para la que le convocaba se completaría, literalmente, en tierra, dentro de la propia roca. Poco después de aquel contacto, la pareja de doctores se instaló varios meses en Gibraltar. La operación contempló que se cruzasen a diario, infiltrados en trabajos tapadera como parte de los preparativos.

Mientras Martín maniobraba para aparcar frente al hotel, no dejaba de pensar en qué motivos tuvieron que darse en las vidas de los que accedieron a un potencial suicidio colectivo de aquella magnitud. ¿Qué podría llevar a alguien, en realidad, a una entrega total al deber? ¿Cómo vaciarse del pulso de la vida? No podía justificarlo como obediencia a un mando superior, ya que formar parte de aquel despropósito había sido una acción voluntaria. ¿Pero en qué momento le propones a un buen amigo al que aprecias que deje todo para sellarse contigo en una roca, muy probablemente, por siempre jamás? Y lo que más me desconcertaba, ¿por qué iba nadie a aceptar aquel ofrecimiento? Martín seguía desgranándome entusiasmado la trama de lo que quería mostrar. El artífice del plan había sido el almirante John Henry Godfrey. Su minucioso diseño me resultó sádico. Lo imaginaba delineando los planos de las instalaciones en un despacho enorme, salivando. Se habían contemplado

las medidas exactas de las estancias, los accesos, los puntos abiertos al exterior para conseguir visibilidad desde cada cara del Peñón. No se había dejado nada al azar. Tuvieron la idea de abrir en la piedra una ranura minúscula desde la que fuese posible ver sin ser vistos. Sajaron en la roca orificios para insertar desde adentro una antena de radio, que emergía al aire camuflada entre la vegetación. Calcularon el volumen del tanque de agua que les abastecería, alimentado por la lluvia. Recubrieron de corcho el suelo de la cámara principal para absorber cualquier ruido delator. Dispusieron en horizontal dos bloques de tres literas donde descansar. Construyeron un aseo con doble letrina. Le incorporaron una correa de cuero a una bicicleta estática, para que el pedaleo alimentase silencioso la dinamo de la instalación del equipo de transmisiones. Transportaron y almacenaron provisiones. Hasta seleccionaron algunos libros que quedarían a disposición del equipo para aligerar los días. E incluso se preocuparon de incluir varios sacos de arena por hombre. Serían muy necesarios para que pudieran ir siendo enterrados uno a uno los fallecidos, en caso de enfermedad sobrevenida o si se prolongase el encierro. El círculo de la vida. Lo imposible de convivir con sus propios cadáveres. No darse cuenta de que entrarían allí ya muertos. Cooper había recordado cada elemento, cada disposición, cada preparativo.

Bond, James Bond. El mismísimo 007 también entraba en la aventura. El inexperto secretario del cerebro de la operación, no era otro que el promiscuo y excesivo escritor Ian Fleming. El guion se escribía solo. La realidad superando a la ficción. Recordé la necesaria despreocupación, y la alegría, con que transcurren centenares de muertes en las adaptaciones cinematográficas de sus novelas. No podía ser coincidencia. Las vidas de los que no están llamados a ser los protagonistas de la historia tienen un escaso valor para quienes planifican las campañas militares. El fin justifica los medios. Seis hombres eran los medios. Solo uno estaba aún con vida y me acercaba a conocerlo. Caí en la cuenta de que también nosotros, en cualquier momento, podríamos acabar siendo daños colaterales. Puede que nunca esté en nuestro horizonte de posibilidades. Tampoco será porque no hayamos hecho nada por merecerlo. Si tenemos suerte nuestra vida transcurrirá, incluso por completo, en el espejismo de un decorado de anodina cotidianidad. Conviene recordarlo. Si algo se tuerce, que lo hayamos vivido todo ¿no? Intermitencias. ¿Y si ya se hubiera torcido, inadvertidamente?

Bruce Cooper encaraba las vistas sobre la Bahía. Demasiado sol. Su silla de ruedas hacía un perfecto ángulo recto con la balaustrada de la terraza. Esperé a que Martín saludase a su familia. Todos se excusaron con una correctísima displicencia británica y se marcharon a sus habitaciones.

Comenzamos.

La entrevista fluyó de manera natural. Había preparado un enfoque que recuperaba parte de la vida encubierta de Cooper durante los meses en los que el equipo residió en la roca para ser entrenado. El viejo doctor guardaba un recuerdo nítido de aquel periodo. La roca era entonces una peculiar versión de *El señor de las moscas*. Mujeres, niños, ancianos, toda la población civil había sido evacuada, fundamentalmente a Londres. El régimen castrense era absoluto. Varones segregados en rangos jerarquizados. Un mundo anómalo que ordenaba hasta la naúsea toda vivencia, más allá de lo estrictamente militar. Y aún así, en plena guerra mundial, Cooper disfrutó, disfrutó mucho aquellos días. Ahora me hablaba abriendo mucho los ojos. Elevaba sus manos con la cadencia de las estampas que acudían a su memoria, como un niño mirando su álbum de cromos. Conectamos. Sin embargo, me daba la sensación de que se guardaba algo. Apretó las mandíbulas. Me habló del sólido entrenamiento psicológico previo para sobrellevar las circunstancias, los encuentros clandestinos entre los miembros del equipo ya en la roca, la satisfacción del deber cumplido. Según avanzamos en la entrevista fue bajando las defensas. Le animó a soltarse mi interés por los detalles que humanizaban los preparativos. Indagué en cómo los vivieron, y, sobre todo, en qué le quedaba a uno de la experiencia de vivir una doble vida tanto tiempo. Le pregunté específicamente si nunca tuvo la necesidad de

abandonar. Esbozó una carcajada espontánea. Jamás se lo planteó. Le pregunté si alguna vez se sintió responsable por haber inducido a su amigo a unirse a aquella locura. Si tuvo miedo. Si se arrepintió, si hubo algún reproche. Parecía a punto de desvelar una confidencia pero el tiempo me jugó en contra. Martin mencionó que tenían otra entrevista tras el almuerzo y que había llegado el momento de despedirnos. Nos levantamos de la mesa. Íbamos a iniciar el regreso cuando Martín se disculpó un momento para ir al *toilet*. Abandonó la terraza acelerando el paso y en mi cabeza sonó la sintonía del show del cómico británico que perseguía señoras pechugonas en bañador.

Bruce Cooper me invitó a tomar asiento de nuevo, enigmático. Pasados unos segundos avanzó su cuerpo sobre la silla para acercarse hacia mí. Miró a uno y otro lado. Se miró el reloj antes de susurrarme un nombre. *Schrödinger.* Y añadió un comentario que me erizó la piel. *Todos estamos muertos y vivos a la vez. Si se le presenta la oportunidad de elegir, no dude. No hay mejor forma de permanecer oculto que mostrarse a la vista de todos. Viva a plena luz el tiempo que le queda. Si puede, mejor con alguien que le aprecie. Solo viva. Esa es la única orden que nunca he dejado de obedecer.*

A continuación, recuperó su pose flemática. No dijo nada más. Giré la cabeza hacia las aguas de la Bahía y el reflejo del mar me arrasó la mirada. Martín regresó. Salimos del hotel de nuevo camino al parking. Condujo de vuelta a España tal cual vinimos, sin dejar de hablar, aunque yo esta vez no le escuchaba.

El regreso a Algeciras lo tengo desdibujado. La rutina consumió mi desconcierto, recolocándolo. Finalmente, publiqué una entrevista correcta, prescindible, puramente informativa.

Apenas un mes más tarde nos abandonó Tobalina, cerrando un otoño gris, muy lluvioso. El 25 de noviembre leí en su "Acero y cristal", el último artículo que escribió, estas palabras luminosas... *el grupo formado por aquellos que preservan las emociones, vigilan el mundo. Lo hacen desde la fragilidad. Desde sus miedos, desde su cristalina forma de ver la vida. Encerrados en sus urnas. A veces no entienden lo que hay y no se involucran por temor a verse envueltos en algo que piensan que no les va a permitir encontrar su lugar en el mundo. Porque todos tenemos ese sitio aguardándonos.*

Aún pienso hoy, que tal vez mi lugar en el mundo bien podría ser una vigilante cámara secreta, oculta para todos en lo más profundo de la superficie visible de mi escritura.